
ESCUELAS, INVESTIGACION Y CAMBIO SOCIAL
EN AMERICA LATINA

Las reflexiones que siguen están inspiradas todas por el tema que sirve de base principal al presente número de "Comunicación". Las mismas tratan, sin embargo, de situar el tema de las Escuelas latinoamericanas de Comunicación en un contexto mucho más amplio.

Es importante dejar sentado desde el principio y para mejor comprender el significado y alcance del presente ensayo, que existe y debe existir una estrecha vinculación entre la concepción y estructura de determinada Escuela de Comunicación y la metodología de investigación sobre el fenómeno de la comunicación prevalente en el espacio y tiempo en que aquella Escuela se ubica. Por otra parte, existe también, de hecho, una estrecha vinculación entre la prevalencia de una determinada metodología de investigación sobre el fenómeno de la comunicación y las estructuras sociopolíticas vigentes en un tiempo y espacio determinados.

La primera vinculación existe y debe existir. Toda Escuela que pretende ser universitaria debe estar con-

cebida y estructurada sobre el soporte de la investigación. Parece evidente. La segunda vinculación existe de hecho, pero es importante que deje de existir, en el sentido que luego se dirá, si queremos sacar a la investigación y a las Escuelas de Comunicación del punto muerto en que actualmente se encuentran. Precisamente esa propuesta de ruptura es el tema del presente ensayo.

Las investigaciones latinoamericanas sobre comunicación social han estado vinculadas hasta el presente, - casi en su totalidad, al sistema sociopolítico y a su correspondiente subsistema comunicacional vigentes. Y lo han estado tanto las investigaciones conscientemente acríicas -lo cual es obvio- como -y esto es grave- las pretendidamente críticas. Las primeras se han orientado casi exclusivamente hacia análisis de tipo cuantitativo, inspiradas en una sociología norteamericana y funcionalista. Las segundas, inspiradas en una sociología europea o marxista, han venido estando orientadas al análisis cualitativo de los medios de comunicación de masas dentro del actual sistema. Este análisis cualitativo ha estado orientado, a su vez, o bien a la investigación de las estructuras de propiedad de los medios y su relación con la publicidad o bien a hacer patentes las connotaciones ideológicas subyacentes a los mensajes transmitidos a través de los mismos. En ambos casos, las investigaciones - -y esto es lo importante de señalar aquí- se han planteado - en referencia, crítica o acríica, al sistema comunicacional

establecido.

Las investigaciones latinoamericanas de tipo crítico y cualitativo han pretendido, con mejor o peor resultado, denunciar un sistema comunicacional que no es sino el subsistema del sistema global sociopolítico, capitalista y dependiente. Esa denuncia ha estado orientada a desarticular ese subsistema con vistas a contribuir así a una eventual destrucción de aquel sistema global. Podría decirse - que se trataba de una investigación militante, usada como arma política.

Esa metodología ha cumplido un papel positivo, pero, a medida que pasa el tiempo, van quedando en evidencia sus propias limitaciones y su misma relativa infecundidad política. Ello se debe a dos errores fundamentales. El primero es presuponer que América Latina es un continente cuantitativa y cualitativamente comunicado -aunque con mensajes nocivos- a través de los grandes medios de comunicación de masas. El segundo es haberse colocado en una posición "reaccionaria", todo lo crítica que se quiera pero - en definitiva dependiente del sistema criticado.

Se intenta sugerir a continuación una nueva alternativa metodológica, sobre bases y presupuestos distintos. Estas sugerencias parten del presupuesto de que actualmente América Latina es un continente fundamentalmente inco-
municado, marginado de los patrones comunicacionales que tratan de imponer los grandes medios. No se puede olvidar, por

ejemplo, que el 80% de los latinoamericanos nunca han visto un diario. Estudios realizados por IICA en 1963 demostraron que el 90% de los campesinos que viven a corta distancia de Recife no sabían que el principal producto de exportación del Brasil era el café; y para el 80% la palabra "democracia" no tenía absolutamente ningún sentido. La situación de incomunicación es particularmente aguda cuando se piensa en las zonas de refugio de Ecuador, Perú y Bolivia. Los grandes medios no llegan a las mayorías latinoamericanas, y cuando llegan, lo hacen unidireccionalmente y con mensajes superficiales que no afectan todavía al núcleo cultural propio de nuestros pueblos. Hay grandes estratos sociales que, aunque reciban alguna información, permanecen fundamentalmente impermeables en lo que respecta a la asimilación de los mensajes culturales o pseudoculturales que se generan en otros sectores, los dominantes. A estos estratos sociales incomunicados o relativamente impermeables al mensaje es a quienes se califica como "grupos marginales" en el presente trabajo. Estos "grupos marginales" componen probablemente la mayoría de -- nuestras poblaciones.

Aunque, como se dirá en el párrafo siguiente, la primera tarea del modelo de investigación sugerido en el presente trabajo es precisamente la de verificar la hipótesis de la existencia e identificar a esos "grupos marginales", conviene dejar hechas ya algunas precisiones elementales para evitar confusiones. Es importante subrayar que aquí se -

utiliza esa expresión en un sentido no habitual. El concepto de "marginalidad" ha solido ser utilizado, al menos dentro del campo de una cierta e importante sociología latinoamericana, para dar cuenta de la manera indirecta, fragmentaria e inestable de inserción, a que son sometidos crecientes segmentos de población, en las tendencias que el modo de producción capitalista asume actualmente como dominantes; y, como consecuencia de lo cual, esos segmentos pasan a ocupar el nivel más dominado del orden social en su conjunto. La segregación ocupacional sería pues la dimensión fundante o determinante (no excluyente, sino interactuada con elementos como el cultural, habitacional, etc.) de esos sectores marginales de población. Las fronteras de los "grupos marginales" en comunicación, a que nos referimos en el presente ensayo, no tienen por qué coincidir exactamente con las fronteras de los grupos que son marginados en un sentido ocupacional-laboral. El subsistema comunicacional no tiene las mismas características, no opera de la misma manera, ni tiene los mismos efectos que el sistema económico global del que deriva y al que, de todas maneras, sirve. Por una compleja serie de razones, que no es el momento de detallar, en América Latina ni todos los grupos o personas establemente integrados al modo capitalista de producción están integrados en el mismo grado al sistema masivo de comunicación, ni tampoco todos los grupos o personas establemente marginados de esas ocupaciones productivas son en el mismo grado marginados, al menos como sujetos pasivos, de la comunica--

ción masiva.

Si es cierto el presupuesto de la existencia de un amplio margen de grupos total o parcialmente incomunicados en referencia al sistema vigente y dominante de comunicación de masas, la metodología de nuestras investigaciones debería dar un giro de 180 grados. Las mismas podrían orientarse, primero, a identificar a esos "grupos marginales". Se trataría, después, de estudiar la estructura comunicacional autóctona que es realmente operativa dentro de esos mismos grupos. Habría, finalmente, que contribuir con la investigación a la creación o perfeccionamiento de medios de comunicación adaptados a su realidad.

Potenciar las estructuras y medios comunicativos marginales autóctonos es, indirectamente, denunciar y tratar de destruir las estructuras impuestas y opresoras, pero es, también y sobre todo, empezar a construir simultáneamente, desde la vertiente comunicacional, una sociedad diferente. Esa construcción supone el rescate progresivo y sistemático de las virtualidades comunicativas originales y latentes en la médula cultural de nuestros pueblos. Las investigaciones quedarían así vinculadas no al sistema comunicacional dominante, sino al dominado. Esa nueva metodología sugerida es quizás la única radicalmente independiente y, por tanto, la que mejor asume la teoría de la dependencia. Es necesario que se den ya cambios, parciales pero radicales, sin esperar a que se de como por arte de magia el cam-

bio social global. Cabría añadir que así se estarían preparando unos esquemas de política comunicacional, validados por la experiencia, que podrían servir de base para implementar a gran escala esa misma política una vez que llegara a darse el cambio social global. En este sentido, la triste experiencia de Chile bajo el régimen de Allende es aleccionadora. El pueblo en el poder no está en capacidad de improvisar, de la noche a la mañana, un nuevo sistema de comunicaciones sociales.

Es conveniente hacer todavía algunas consideraciones que se derivan de todo lo anteriormente expuesto y que, por otra parte, pueden contribuir a esclarecerlo y precisarlo, para pasar finalmente a señalar lo que ello implica a la hora de concebir o modificar la concepción de nuestras Escuelas de Comunicación que, como queda dicho, deberían estar estrechamente vinculadas a la metodología de investigación de la comunicación que en cada momento y lugar se considere la más apropiada.

Las investigaciones sobre comunicación en América Latina deberían afianzarse en la línea de una sociología de la comunicación. Pero entendida más como microsociología que como macrosociología (aunque la primera siempre deberá estar encuadrada en el marco referencial que facilitan las conclusiones de la segunda). Al sociólogo le tocará identificar a esos "grupos marginales" e investigar su peculiar estructura comunicacional. Al comunicador social

le corresponderá investigar -junto con el sociólogo- la estructura comunicacional de determinado grupo y, específicamente, ayudar a crear o perfeccionar medios adaptados a la estructura y dinámica comunicativa del grupo respectivo. Obviamente habrá tantos objetos materiales de investigación -cuantos sean los "grupos marginales" (o tipos de grupos) diferenciados que hayan llegado a identificarse. Sería deseable que, a corto o mediano plazo, fueran los mismos comunicadores quienes estuvieran capacitados para asumir todas las tareas que implica una sociología de la comunicación así concebida.

Este tipo de investigación facilitaría enormemente el implemento de planes de educación popular, para el desarrollo de la conciencia social y política de nuestros pueblos. Toda educación supone el conocimiento previo del encuadre en la sociedad global, estructura interna y signos utilizables e inteligibles de cada grupo educando. Es un error, por ejemplo, aplicar la misma metodología pedagógica y concientizadora a un grupo de familias campesinas que viven y trabajan dentro de una hacienda de propiedad ajena que a un grupo específico de familias que habitan dentro de una gran ciudad y trabajan en servicios públicos. Las investigaciones en comunicación, concebidas como se conciben en este ensayo, serían pues un soporte de valor incalculable para un nuevo modo de concebir la política educativa y la educación política. La educación, en cualquier caso, no es sino una -

forma de comunicación. Evidentemente -y para no incurrir en atomizaciones disolventes- este trabajo investigativo debería estar articulado, de una u otra manera, con los esfuerzos organizados que en el mismo sentido llevan ya adelante diferentes grupos o movimientos políticos.

Cae de su peso que una de las finalidades o presupuestos de este enfoque investigativo es empezar a concebir a las grandes mayorías latinoamericanas como simultáneamente emisoras y receptoras de mensajes y sacarlas así -de la incomunicación (porque son sólo receptoras o porque -ni siquiera son receptoras) en la que están actualmente sumidas. Se trataría de enfocar los estudios de comunicación -hasta ahora concebidos como "de masas"- como estudios de -comunicación propiamente "social".

A estas prioridades investigativas deberían adaptarse, como queda dicho repetidamente, las Escuelas latinoamericanas de Comunicación, tanto en su estructura académica como en el contenido y orientación de las distintas especialidades y materias de estudio. De esta manera seguramente se las sacaría del callejón sin salida por el que -transitan actualmente la mayoría de ellas, colocadas ante el falso dilema de o bien adaptarse servilmente a los requerimientos del mercado de trabajo que ofrece el sistema capitalista (Escuelas sin investigación o con investigación de tipo cuantitativo y funcional) o bien declararse simplemente contestatarias mientras, en definitiva, se adaptan tam--

bién a aquel mismo sistema (Escuelas con investigación de tipo cualitativo, pero meramente crítico).

Una Escuela vehiculada por y para el tipo de investigación aquí propuesto destruiría simultáneamente varios mitos actuales aparentemente intocables. Destruiría, - por ejemplo, el mito que reduce los medios de comunicación - únicamente a los que se conocen como "grandes medios" (cine, prensa, radio y televisión) e impulsaría la creación o mejor aprovechamiento de "pequeños medios". También fomentaría la utilización de los grandes medios en formas no convencionales.

Una Escuela así concebida destruiría asimismo el clásico y rígido esquema de especialidades dentro de la - carrera: prensa, audiovisuales, publicidad y relaciones públicas. En realidad, habría que obviar todo esquema demasiado rígido. Los esquemas, probablemente siempre provisionales, vendrían dados en todo momento por la realidad misma investigada, realidad que en América Latina es particularmente variada y dinámica. Destruiría, finalmente, la peligrosa dicotomía entre teoría y práctica y la no menos peligrosa y absurda dicotomía entre materias humanísticas y materias técnicas. El "trabajo de campo" pasaría a ser la columna vertebral de la nueva Escuela. Y el "trabajo de campo" trasciende esos maniqueísmos desintegradores de la realidad y desintegradores también del alumno, futuro profesional.

No se puede dejar de apuntar que una Escuela de Comunicación de este tipo lograría lo que no ha podido lo

grar la Escuela tradicional: la integración natural del estudiante universitario en la vida real de su país respectivo. Al privar la investigación de campo sobre la investigación libresca, el alumno estudiaría su carrera en permanente y sistemática actitud de comunicación con el medio real. No estudiaría en abstracto. Estudiar en abstracto es trabajar siempre, consciente o inconscientemente, a favor del - enemigo concreto.

Se podría objetar que los egresados de este tipo de Escuela no encontrarían puesto en el actual mercado de trabajo. Quien así argumentara estaría olvidando que el mercado de trabajo -progresivamente, aunque todavía demasiado despacio y , la mayor parte de las veces, con una política no bien definida- lo va ampliando la iniciativa del Estado en muchos países latinoamericanos. Una orientación similar y coherente de todas las Escuelas de Comunicación podría obligar, por otra parte, a la iniciativa privada misma a modificar sus propios criterios de escogencia de profesionales. En todo caso, ése no sería un problema específico de los egresados de Comunicación, sino de todo profesional que, en el actual sistema todavía dominado por el capitalismo, - decide orientar su trabajo al servicio del interés de las - mayorías.

Las reflexiones formuladas en este modesto - ensayo son, evidentemente, muy incompletas y esquemáticas. Seguramente muchas de ellas son discutibles. Algunas probada

blemente utópicas. Lo incompleto, si es válido, puede fácilmente ser completado. Lo discutible ha sido siempre la base para el progreso del conocimiento. Lo "utópico" es la condición que abre la puerta a la realización de los cambios necesarios. Esas reflexiones sobre las Escuelas de Comunicación, en el contexto amplio y preciso en el que deben estar ubicadas, no tienen otra intención que la de suscitar un debate abierto. No tienen otra motivación que la de ayudar, desde una nueva perspectiva, a que recobre su voz esta nuestra América Latina inveteradamente silenciada y forzadamente incomunicada. La investigación y las Escuelas latinoamericanas deberían estar vinculadas, desde el presente, con la comunicación del porvenir.

J. I. R.
